

no se abatió, ni bajó la frente. Deshonrada ó con honra, creíase superior á todos. Y lanzó una ojeada de profundo desprecio al destartalado patio, iluminado entonces por los pálidos destellos del crepúsculo estival.

Cogida del brazo del viejo, avanzó pausadamente, sin prisa, sin enojo. Antes de llegar á la puerta, el timbre de una voz conocida hirió sus orejitas de lóbulos rojos.

—¡Clara! ¡Clara!

Estrechó las manos de Lena, que la miraba con asombro y con tristeza. La chiquilla había escapado de casa al descubrir que se marchaba.

—¡Ah! ya lo sabía... No eres tan ingrata para no venir á despedirte de tu amiga. Adiós, pues... Y te digo adiós, porque, en adelante, ya no volveremos á saludarnos... Tú eres honrada y yo...

Completó la frase con una sonrisa de ironía punzante y amarga, y haciendo una señal á don Antonio, que esperaba á un lado de la abierta portezuela, murmuró quedo, afectuosa:

—Adiós, Lena.

Arrancó el coche.

Suaves oleadas de luz bañaban la avenida,

en ese instante tumultuosa, ensordecida por los gritos de los pilluelos que vendían los diarios de la tarde, por el rodar de carros y trenes, y por el vaivén de los transeuntes. En los árboles de la Alameda verdeaban las hojas, bajo el cielo melancólico y paliducho.

Y Lena vió con tristeza cómo se perdía el destartalado simón en medio de la marea humana, allá á lo lejos, en el ambiente lívido del anochecer.

X

Doña Filo, después de haber encendido los focos y echado un vistazo á la cocina, en donde vasijas enormes de café humeaban, donde plantóse ante el mostrador, lista para el ser-

vicio de la noche. Ancha, mofletuda, con sus grandes ojos adormecidos bajo los párpados carnosos, daba las últimas órdenes. Las mangas de su nítida y holgada blusa, remangadas hasta el codo, dejaban al descubierto sus nervudos brazos, y con un gran cuchillo en la mano partía el pan, echando con negligencia sobre cada una de las tajadas trocitos de jamón. De vez en cuando dirigía á la calle, á través de los cristales del escaparate, miraditas de curiosidad, prodigando amistosos saludos á los parroquianos que entraban.

Comenzaba el tráfico en *La dama blanca*. Uno á uno, los clientes ocupaban sus mesas favoritas. Los mozos iban y venían, afanados, con las cafeteras en la mano, gritando, llamándose á grandes voces unos á otros.

—¡Un café!

—¡Pan de manteca!

—¿Dos chocolates? En seguida.

El señor Carrizales, envuelto en su eterno *plaid*, leía, en la silla más próxima al mostrador, un periódico de atrasada fecha. Con las viejas antiparras montadas con garbo en la punta de la nariz, no quitaba los ojos, —aquellos ojillos tímidos y dulces, —del papel mugriento, si no era para encender los contados cigarros que sus amigos de café le

ofrecían.—Al fin, lo dobló y desdobló repetidas veces. Había leído hasta la cuarta plana y enterándose de los anuncios comerciales, cosa rara en él; y suspiró, ignorando qué haría de su tiempo en lo que le restaba de permanecer allí. Era aquel cafetín el único solaz de su ancianidad solitaria. Nadie le conocía, ni siquiera de nombre, y sin embargo, todos saludábanle con una sonrisita cariñosa. El, que seguramente era ajeno á los encantos del hogar, porque á las claras parecía ser un solterón, mostrábase agradecido de aquellos afectos superficiales, que pasaban rozándole apenas, dando una pincelada rosa en el gris eterno de su vida insignificante.—Inclinóse pensativo, apoyando la barba en el puño del bastón; examinó indiferente la calle; contempló á la gordinflona dueña del establecimiento, que proseguía en su tarea de hacer *sandwichs*. Luego, interrógola con su vocesilla débil, respetuosa.

—Y diga usted, doña Filo, ¿el joven Arsenio?.....

Arsenio Urizar le interesaba muchísimo. Le sedujo desde el primer instante aquel mozo dicharero, de eabeza llena de humos poéticos, indolente, sonreidor, que de todo se

burlaba, ignorante de la amargura y de las pequeñas miserias.

—¡Ay! señor Carrizales,—respondió la robusta señora,—don Arsenio no ha venido desde hace tres días....

Al hablar, cesó en la faena, contra su costumbre de mujer entregada al trabajo. Un dejo de tristeza serena, de aflicción sincera, matizaba sus palabras. ¡Quién sabe en donde estaría don Arsenio! La causaba extrañeza tal alejamiento; todos sabían que el joven, en sus días de bohemia, acudía á *La dama blanca*, confiado en su crédito.

Ocurrióle la idea de que el chico tuviera dinero, de que fuese rico. Acaso una herencia,.... acaso el producto de un volumen de aquellos versos bonitos que ella escuchaba con delectación todas las noches, sin comprenderlos.... ¿Quién es capaz de averiguar el destino que espera á los hombres prodigios? Y, no obstante la satisfacción que tan peregrino pensamiento la hacía sentir, experimentaba una secreta pena. Si el poeta tuviese dinero, no tornaría nunca á *La dama blanca*, á aquel rinconcito tibio que sólo frecuentaba en sus días de pobreza.—Sí, conocía la cabeza frágil de Arsenio, su inconstancia, su anhelo de bullicio. ¡Cómo no

había de conocer á aquel pajarillo que durante cinco años había alegrado su jaula con ruidosos gorjeos!

—¿De modo que usted cree que no volveremos á oír sus doctas conversaciones?

—¡Ah! no, tanto como que no vuelva....

No podía, no era capaz de creer que Arsenio fuese ingrato, ni mucho menos rico. Inútiles resultaban sus esfuerzos para vencerse de que el mocetón que se había desayunado allí, bajo los espejos que ahora miraba interrogadora, durante luengos años, no se acordaba más del agujero tranquilo, animado por la mole enorme de ella, y por el cariño con que todos, desde la patrona hasta el último sirviente, escuchaban sus largos poemas.—Había sentido desde el primer momento cierta amable simpatía por aquel muchacho lanzado desde un lugarejo del interior en el maremágnun de México. Le veía tan solo, tan triste al principio, evocando tiernos recuerdos del terruño, que no vaciló en tenderle su mano. Después.... ¡oh! después los papeles se trocaron, y Urizar, de protegido se convirtió en protector. En un entusiasta arranque, atiborrado el magín de lecturas de Mürger y Daudet, decidió ser un Rodolfo ó un Daniel Eyssette,

un soñador bohemio que solo pensaba en medir versos y acomodarse á la vida deliciosa, placentera, que conviene á un emancipado de las ridículas ciencias exactas ó de los negruzcos terrones que componían la hacienda paterna. Entonces fué cuando abrigando la íntima convicción de esconder un genio bajo de su cráneo, consideróse pródigo y clemente al otorgar su trato á aquellos seres del cafetín, embrutecidos á consecuencias de la estúpida lucha por la vida, entre los que se encontraba la benemérita doña Filo

Tal acción produjo su efecto. La buena señora, que, viuda desde los dieciséis años, había pasado veinticuatro tras del mostrador, y sabía tanto de mundo como el perezoso gato que de continuo acariciaba, sintió admiración profundísima por aquel talento desconocido aún. Inspirábala Arsenio un afecto casi maternal, y era de verla, alelada, iluminados los labios por bondadosa sonrisa, cuando le oía exclamar con gran prosopopeya:

—¡Lo proclamo, amigo Carrizales! Más preocupa á los mexicanos un billete de banco ó una letra de cambio, que una novela ó un tomo de versos. Hemos encerrado nuestra gran alma latina en el estúpido indus-

trialismo yankee. ¡Ah! pero yo produciré la reacción; yo me encargo de transformar á los millones de imbéciles que me rodean, en adoradores del arte....

Y, en efecto, comenzó su obra propinando rudo golpe al gusto y al público reinantes, con su mamarracho—así lo llamaba él,—titulado *Autores y espectadores*. Después del fracaso y de los días de prisión, todavía conservaba entera, vibrante, su alma batalladora, entusiasta por la belleza. Allí, en el cafetín olvidado, complacíase en hacer partícipes de sus proyectos á los buenos amigos que ahora le recordaban con tristeza, mirando á la calle con la esperanza de verle entrar, así, de pronto, bullanguero, parlanchín, con su abundosa melena que acariciaba las anchas alas del fieltro.

Pero el que se apareció en aquellos andurriales fué un vejete de raído saco negro, reluciente calva y narices de pico de ave, que andando á pasitos cortos, encorvado, hubo de sentarse en una de las mesas próximas.

Carrizales hizo un guiño á doña Filo, murmurando:

—El nuevo cliente....—Luego, acercándose con viveza á éste, saludóle diciendo su

gesto peculiar, inclinándose:—Buenas noches, señor Gómez, buenas noches. . . .

El viejo se limitó á responder, entreteniéndose en vaciar á pequeños sorbos la taza de café que acababan de servirle.

Era don Hilario, el cual, desde hacía dos semanas, concurría diariamente á *La dama blanca*, introduciéndose sin ruido, devorando discretamente lo que pedía, y marchándose al cabo sin decir palabra, sin contestar casi á las despedidas del señor Carrizales.—Este, que no era amigo del silencio ni de las caras impasibles, tornó al instante á su sitio favorito, junto al mostrador, hablando en voz baja con doña Filo.—¡Pobre hombre! ¿Verdad? A él le parecía un desheredado de la fortuna. La bendita señora le compadecía también. Algo de la vida del señor Gómez sabía por boca de Arsenio. Y, á ese propósito, recordó que hacía tres días el poeta y don Hilario trataron en voz baja en el más apartado rincón del establecimiento, cierto asuntillo grave, á juzgar por las muecas que ambos hicieron. Y, por lo visto, no carecían de verdad las palabras de la mujerona, porque el meditabundo cliente objeto de ellas, miraba con insistencia á la calle, agitando en la silla, ante la taza vacía y las

migas esparramadas sobre el mármol de la mesa.

Entretanto, la zambra de la avenida llenaba el cafetín con sus rumores. Al ruido de los carruajes que pasaban, uníase el murmullo confuso de los trenes que se deslizaban sobre los rieles en vertiginosa carrera. Algún organillo lanzaba al viento sus notas chillonas, coreadas por los gritos de los granujas que correteaban en mitad del arroyo. Ante los iluminados cristales del escaparate, veíanse rostros graves de obreros, rostros demacrados de mujeres, caritas de niños que observaban atentamente, fijamente, cual si fueran causa de meditación profunda, los grandes pasteles, los trozos de jamón, las piernas de carnero allí expuestas.—*La dama blanca* resplandecía, con sus rientes foquillos que derramaban luz á chorros, una luz suave, amarillenta, que cabrilleaba sobre la vajilla, sobre el agua de los botellones, irisando las burbujas que flotaban en la leche blanquísima de las copas. Los parroquianos, con el estómago satisfecho, acariciábanse el vientre, echando bocanadas de humo, reclinados contra el muro. Los mozos, ceñidos los albos mandiles á la cintura, no cesaban en el trafagueo, aturdidos, confiando-

se en cuerpo y alma á las órdenes de su ama. Y allá iba Carrizales, aquel viejecillo de Dios, dando palique á sus conocidos, y aceptando cuantos pitillos se dignaran darle, con un guiño que parecía decir: «Gracias, después me lo fumaré.»

Se produjo un murmullo de simpatía al escuchar una voz arrogante, bien timbrada que decía:

—¡Hola! Ya estoy aquí.

El poeta, sonriente como de costumbre, con el consabido fieltro de anchas alas ligeramente inclinado, y la melena un tantico más encrespada que de ordinario, saludaba con un ademán, desde la puerta, á sus amigos del café.

Doña Filo se inclinó cuanto pudo sobre el mostrador, á riesgo de aplastar los *sandwichs*, tendiendo su mano regordeta y blanca; Carrizales se puso de un salto al lado del joven, y los tres hubieron de trabar franca y amistosa conversación. ¿Por qué no había vuelto? ¿Qué diablos andaba haciendo por esas malhadadas calles, para olvidarse así de sus amigos? ¿Y las poesías? ¿Acaso la edición estaba próxima? ¿Y la herencia? ¿Por ventura el tacaño de su padre había decidido testar en vida? Y era tal y tan numeroso el amon-

tenamiento de preguntas, que el bardo permanecía con la boca abierta, los brazos extendidos, la cabeza en alto, pretendiendo en vano cortar la vena de aquellos dos familiares de charla «urizarina.»

Al fin pudo decir algo.

—Calma, calma, que me aturden... ¡Qué herencia ni qué demonios! Tengo cosas que contarles, ¡pero si qué cosas!

Y ya iba á dar curso á sus frases, cuando la mano del vejete que le espiaba desde momentos antes, hubo de posarse sobre su hombro, al mismo tiempo que una vocesilla débil murmuraba:

—Arsenio, dispense usted...

—¡Oh! don Hilario...

—Si los señores me permiten hablarle dos ó tres palabritas...

Y sin esperar respuesta le llevó á la mesa. Doña Filo le miró con ojos incendiarios, en tanto que decía al oído de Carrizales:

—Hay personas impertinentes, ¿verdad?

—Tiene usted razón, doña Filo, hay personas impertinentes...

Arsenio Urizar miró con tristeza aquel rostro enjuto, de una palidez de marfil; aquellos ojos adormidos por embrutecedora tarea; aquellos labios secos, plegados en las cisu-

ras, que sonreían amargamente, descubriendo algo de su secular humillación, de la humillación constante de una vida. En verdad que don Hilario le inspiraba lástima.

—Estoy en ascuas,—comenzó por afirmar el señor Gómez, en voz tan baja que se perdía en el general murmullo.—He venido desde antier para informarme del resultado del negocito ese, de que usted me hizo favor de encargarse. ¡Ah! no sabe usted lo que es un padre sin honra....

Suspiró, empañados los ojos por las lágrimas, y acercándose todavía más á Urizar, interrogó:

—¿Le ha visto?

—Sí, hablé con él

—Bueno, ¿y qué?

Sentía don Hilario ansiedad tan grande, que en aquel «¿y qué?» puso todos sus deseos de saberlo, de apurar, hasta la última gota, la alegría ó desventura que le estaban reservadas. Clavó sus pupilas en el rostro sereno del poeta, y balbuceó algunas preguntas al ver su turbación, la perplejidad que en él se reflejaba.—Arsenio titubeó. No podía resignarse á hundir al infeliz, revelándole las lindezas que le dijera Esteban Conti. El, escéptico por temperamento,

comprendía sin embargo la magnitud del golpe que iba á dar. Pero experimentó lástima ante el gesto suplicante de don Hilario, y repuso al cabo brutalmente:

—Pues bien, nada. Que Esteban se niega á casarse con la hija de usted; que no volverá á poner un pie en casa de ella; y que no acepta ninguna de las proposiciones que le hice.

El viejo se irguió. La sangre se le agolpaba al rostro, y sus manos crispadas se alzaban á la altura de su interlocutor, como si quisiera detener aquellas palabras antes que oír las. Después, lívido, con la faz desencajada, ahogando un sollozo, gritó:

—¡Pero eso es una infamia!

Todos los parroquianos se volvieron con asombro.

Estaba transfigurado. Su bestial sumisión; sus años de abatimiento; sus horas penosas de obediencia; toda aquella vida sin voluntad, sin energías propias; toda aquella existencia de antes, pisoteada por todos, de triste pordiosero de empleos, sintióse herida en una súbita resurrección del pundonor. ¿Habían deshonrado á su hija, y se negaban á lavar la mancha? ¡Oh! no, no lo conseguirían. Allí estaba él, el padre, que to-

do lo podía á pesar de su miseria y de sus años.

Y gritó, con bronco acento, pronunciando palabras innobles que semejaban latigazos; manoteando, con la frente alta, los ojos inyectados por el furor, el cuerpo tembloroso. Mas, de súbito, cuando á la luz brillante observó las miradas de los parroquianos fijas en él, las fisonomías curiosas, los murmullos que despertaban sus voces, callóse, se opacaron de nuevo sus ojos, y balbuciente, tornó á sentarse.

Renacía el burócrata, el eterno oprimido.

Bien pronto reinó de nuevo la alegría y la indiferencia en el cafetín. Nadie se acordaba ya del vejete, que, clavado de codos en la mesa, había quedado mudo, abatido, sin contemplar siquiera la risa dolorosa y burlesca que vagaba por los labios del poeta.

—No sabe usted, mi querido Arsenio,—murmuró lentamente,—no sabe usted lo que ha pasado en mi casa, y por eso quizás no me comprende....

Mostrábase calmado ya. Sus palabras, más bien que de protesta, eran de disculpa. Reaparecía el hombre metódico, tranquilo, incapaz de caer en los extremos.—Nadie

mejor que él podía perdonar los excesos juveniles. Había sido también mozo; conocía los atractivos que posee la mujer, sobre todo cuando se la tiene cerca, al alcance de la mano. Pero los hombres honrados sabían curar las afrentas.

Y contó, por centésima vez, los amores de su pobre Eloísa con Esteban Conti.

Lo confesaba: fué débil. Su mujer y sus hijas le habían impuesto al periodista, aquel ganapán que estaba allí, en el hogar, como en su propia casa. Se instaló cual si la morada de su novia fuera terreno conquistado. Entraba y salía á la hora que le viniera de ello gana. Comía, desayunábase y cenaba en la mesa de la familia casi diariamente, pagando los platillos que engullía con sonrisitas amables y vagas promesas de matrimonio. ¡Ah, el hambrón! Y lo peor fué que él, don Hilario, no le conoció en seguida. Ciego, imbuído en las ideas optimistas de su cara mitad, veíase ya con un yerno amoroso, honradote; y hasta soñó,—y esto lo decía con mirada enternecida,—que dos nietecitos rubios, trepando por sus piernas temblonas, le acariciarían no muy tarde.

—Usted ignora lo que es un padre....

Todo lo daría uno por la felicidad de esas hijas tan ingratas, que cometen á lo mejor la tontería de echarse á rodar por la pendiente, sin acordarse de que hay un sér honorable á quien amargarán los días.

Y repetía la palabra «padre» con solemnidad. Pero lo que no confesaba era que tanto él como doña Luisa, se perecían por allegar partidos á sus hijas. No se acordaba en ese instante, sin duda, de que allá en los dichosos tiempos en que las señoritas frisaban en los veinte, las obligaron á desdeñar á media docena de galanes, so pretexto de que eran pobres y de baja estofa. No recordaba tampoco que después, cuando las propias niñas llegaron á la edad crítica de las mujeres de Balzac, el terror de un celibato posible les impulsó á las más locas correrías, correrías de fama tristísima, en que ambos papás, poseídos de intensa fiebre, de un deseo arrollador, se lanzaron á la caza de maridos, exhibiendo á los ya maduros pimpollos en salas y teatros, en paseos y comilonas íntimas.— Tampoco venía á la mente del pobre hombre el recuerdo de aquel chico de la prensa arrebatado, cogido entre las redes que toda la familia le tendiera; de aquel chico, cuyo nombre se le figuró en un exquisito sabor

italiano, á quien aduló y casi obligó á entrar en casa al mismo tiempo que echaba á Eloísa en sus brazos, con esa puerilidad infantil de algunos padres que anhelan el perpetuamiento de su raza.

De nada de eso hacía memoria el bueno de don Hilario, concretándose tan sólo á prodigar al periodista cuantos epítetos infamantes acudían á su boca. Si, señor, era un canalla el tal Conti. Luego de haberse burlado del tierno afecto de la familia, de haber deshonrado á una muchacha inocente, se marchaba ahora, tras de una cortesana vulgar, tras de aquella Clarita Ruiz, que por esos días era el escándalo de México, á causa de sus devaneos, de sus descaros, de sus trajes, de sus coches.

Y todo estaría bien si el pobre no considerase perdida para siempre la dicha de su casa. Su mujer y su hija mayor le echaban la culpa de lo acaecido. Sobre todo aquella hubo de llegar á tal extremo de imprudencia, que le acusaba de corruptor de la moza, y hasta le amenazó con armar un lío en los periódicos, si se atrevía á molestarla con su presencia. ¡Y qué mayor tormento! Veía á Eloísa, llorosa, desconsolada, resistiendo los insultos de su madre y herma-

na, las murmuraciones del patio, sin alterarse, fiel y atenta al porvenir del infeliz que llevaba en sus entrañas.

—¡Ahl señor Urizar, señor Urizar,—murmuraba el viejo ocultando la rugosa faz entre las manos:—¡qué vida tan negra la mía!

Volvió á suspirar, paseando la mirada por los rostros de la turba indiferente, que desconocía su hondísimo dolor. Después, miró al poeta, el cual, indolentemente reclinado en la silla, parecía fastidiarse.

—¡Sin remedio!

—¡Sin remedio!—concluyó Arsenio.

Angustiado, se puso en pie. Y el joven, que le acompañó hasta la puerta, le vió ir, con débil paso, hasta que su silueta, vagamente esfumada en la lejanía, desvaneciése.

Todavía permaneció un instante en la puerta. Sentía en el rostro la helada caricia del viento, y contemplaba á lo lejos la línea de luces blancas, que se extendían á lo largo de la calle semejantes á puntos luminosos que disminuían, que se empequeñecían hasta convertirse en alba chispa. El poeta pensaba. Pensaba en lo extraño, en lo inexplicable de la vida humana. ¿Por qué aquella ruda oposición al espíritu generador de la carne? A

él le parecían ridículas las declamaciones por la honra. Creía á pie juntillas, por haberlo leído en un libro de Galdós, que el honor es un convencionalismo ridículo; más aún: le consideraba como el enemigo inconciliable que se oponía al desenvolvimiento de la especie. Pero el don de pensar no era el más pródigo de su cabeza destornillada, y por eso, de un salto, pasó de sus cavilaciones sobre el honor al estudio del caso especialísimo de su amigo Coati.—¡Cómo se reía interiormente de aquel chico que en otro tiempo se le figurase un divino epicúreo, un buen mozo que se dejaba adorar de las mujeres, y que hoy corría en pos de la desdichada protagonista de su zarzuela, enloquecido por el deseo, rabioso de impotencia. Entonces, maquinalmente, acordóse de Eugenio Linares. Este sí que era un tarambana: lo había abandonado todo: paseos, teatros, amigos, por una novia, por un amorcito ideal, según afirmaba, por más que le contradijesen los dichos de la vecindad, en donde se murmuraba algo respecto de Lena, aquella chiquilla tan mona y graciosa que de nadie se había prendado.

Sólo quedaba él, solterón inexpugnable, artista enamorado de la vida libre, de la exis-

tencia pasada al aire, robando besos á los labios de las amantes de una noche, sin preocupaciones ni tristezas.

Y cuando más se solazaba en sus reflexiones, rozó sus oídos una vocesita que se le antojó melosa, dulzona.

—Don Arsenio. . . .

Al volverse, vió á doña Filo, regordeta, sonrosada, echando salud por todos los poros, que, reclinada en el mostrador, no quitaba los ojos de él.

—Dispéñeme mi buena amiga,—dijo acercándose.—Me distraía pensando en la vida. . . . ¡Qué comedia más deliciosa! Me parece llena de símbolos intrincados, de sutilezas, de obscuridades que nadie puede penetrar. . . .

Doña Filo se alarmó. Temía, con sobra de razón, que el mancebo le soltara alguna de sus disertaciones favoritas. No, no, que callase. ¿Acaso sabía ella de semejantes cosas?

—Yo no entiendo de latines, don Arsenio,—interrumpía, rui-señotay'alborozada.

—Mejor que mejor. Ya conoce usted mi lema: para vivir bien, no preocuparse por la vida.

Ella le veía sonriendo. Pintábase en su

semblante cierto bienestar, cierta maternal dulzura que irradiaba, iluminándolo. Nunca comprendió como aquella noche la simpatía que le inspiraba el despreocupado mozo. Estaba junto á él, separada tan sólo por el pequeño mostrador, en el tibio ambiente del cafetín, ya solitario, que se tornaba encantador al acordarse ambos del aire que barría la calle. Carrizales, á pesar de su curiosidad, habíase marchado á las ocho. Hasta ellos llegaba confusa, susurrante, la charla que dos sirvientes sostenían, allá en el rincón. El gato, hecho un ovillo, dormitaba junto á la mano cariñosa de su ama. Estaban solos. El murmullo de su conversación, entrecortada por sonoras risas y declamaciones, sonaba acompasado en el recinto, haciendo rebosar de sana alegría á doña Filo. ¡Qué delicia gozar de las gracias del muchachote aquel, tan decididor y atrevido! Y estos pensamientos venían á la mente de ella, sin que los enturbiara el menor asomo de pasión; que tal alimaña no había roído aún el alma de la robusta patrona.—Le quería porque sí, porque desde que le vió sentarse en una de las mesas de su establecimiento, hubo de experimentar por él una inexplicable atracción que nunca sintiera en su ya larga

vida de viuda, y que la movió á darse por pagada de las deudas del poeta con una mueca, con una broma salida de los irónicos y pálidos labios.

Por eso había extrañado su breve ausencia, y le preguntaba ahora, sin abandonar su cara de pasueas:

—¿Y por qué no había venido, don Arsenio? Si es tan bonito charlar con usted, y tan gracioso, tan gracioso.....

Reía, con su francota risa, con los enormes senos estremecidos, sin reparar en la súbita seriedad de Urizar.

—¡Por algo había de ser, doña Filo! ¿Sabe usted que mi padre me ha echado á la calle como á un granuja?

—No, no sabía. A ver....

¡Pues nada! Que el pobre ranchero supo que los ahorritos depositados en el arcón, los dineros á costa de tantos sudores enviados al bellaco de su hijo, iban á parar á *restaurants* y paseos, derrochados á manos llenas; que algún intruso le informó de que su retoño no llegaría nunca á *letrao* y sí á poeta, ó lo que es lo mismo, á pillito, según los entenderes campesinos; y que, cerrando el bolsillo, marcó un «hasta aquí» solemne y testarudo.—Y *consumatum est*. El tacaño

del viejo no era de los que se dejan ablandar tan fácilmente; decidíase á perder á su hijo antes que al *letrao* que soñara.

Quedóse doña Filo muda de sorpresa. ¿Qué hacer?

—Lo que yo hice, mi querida doña Filo: gastar la última mensualidad y confiarme á la ventura, á la buena suerte.....

—Pero, hijo....

No había hijos que valieran. Ni un sólo centavo quedó en el bolsillo del poeta. ¿Qué cómo viviría? Del modo más sencillo: trasladaría al cuarto de un estudiante amigo; daría un adiós á las alegres francachelas, y, con permiso de la buena mujerona, continuaría visitando el cafetín, ya que se le tenía ciega confianza y la seguridad absoluta de pago.

Y guiñaba los ojos de una manera tan picarona y seductora, que doña Filo no tuvo empacho en responder:

—¡Ah! sí, don Arsenio. Mande usted aquí lo que guste. Luego arreglaremos cuentas....

Arsenio Urizar estrechó sus manos con efusión.

—Gracias, gracias. Descuide usted, que yo saldará mi adeudo. Están en prensa los

Poemas salvajes. ¡Eh, qué le parece á usted? ¡Los *Poemas salvajes!*...

Extendía los brazos cual si anhelara abarcar el mundo entero con su obra, con aquel fruto de labor incesante, de noches pasadas de claro en claro y días de turbio en turbio. La jamona contemplábale boquiabierto, aturrida por la noticia. ¡La obra! ¡Iba á aparecer la obra, aquella esfinge de la cual el bardo hablaba con reticencias y misterios desde hacía un año!

Y los dos, esperanzados, prosiguieron su amistoso palique, allí, en el recinto saturado de tibias emanaciones, de un olor de pan caliente que abría el apetito. En la avenida había cesado el barullo. Uno que otro simón arrastrado por flacuchos pencos, turbaba el silencio nocturno. En el escaparate, luminoso todavía, no asomaban ya las cabecitas infantiles ni los graves y severos rostros. Dijérase que ambos permanecían olvidados allá en un lejano rincón del mundo, si el arcaico reloj, colocado entre espejos, no diese en aquel instante las diez, con el crujir de su maquinaria envejecida, y les volviera de pronto á la realidad.

—¡Las diez! Muchachos, cerremos.

Arsenio Urizar echó á andar calle abajo.

Allá en su interior experimentaba una profunda satisfacción á causa de la acogida de la buena mujer. Ya tenía el pan seguro. ¡Ah! qué delicia sería pasear su libertad por las avenidas soñolientas; ir á su antojo por todas partes; respirar con fruición; entregarse á la vida de bohemia. Nunca como aquella noche se había creído más dichoso. Y era que su temperamento de muchacho libre, iluso, dilatábase al verse sin trabas.— Alzado el cuello del saco, metidas las manos en los bolsillos, marchaba á pasitos, silbando entre dientes. Su principal objeto, al entrar de nuevo en *La dama blanca*, era ver á Eugenio para darle instrucciones acerca del cuarto que abandonara días antes. Y he aquí que en su cabeza de pájaro se había desvanecido aquel deseo, puesto que ni siquiera le vino á mientes preguntar por su amigo.—Ni por un instante pensó en llamar á la puerta del caserón. Conocía de sobra á las porteras para hacerlo. Por lo tanto, siguió su camino á lo largo de la acera, sobre la cual brillaban regueros de luz. Al cabo, dejóse caer indolente sobre uno de los bancos de la Alameda. Se estaba muy bien allí, en aquel sitio perfumado por las flores, hasta donde llegaba el ritmo caricioso de

las hojas que caían. Ante él extendíase la ancha calle, muda entonces. Recostado en el respaldo, de cara al cielo, con el sombrero echado hacia atrás, semejaba lo que era: un soñador. Pero no se acordaba en ese momento de los versos, de sus *Poemas salvajes*. Cerebro perezoso, placíale no pensar, abstraerse del ambiente que le rodeaba. Y así, con los párpados entreabiertos, inmóvil, vió que una silueta, vaga en un principio, distinta luego, corría presurosa por la acera de enfrente.

Reconoció á Eugenio Linares, y levantándose de un salto, no paró hasta encontrarse á su lado.

—¡Ah! ¿eres tú, Arsenio?

—Sí, chico, buenas noches... Pero, oye, ¿tienes prisa?

—No... no tanto....

Estaba agitado, sudoroso. En la notaría el trabajo era cada día más duro. Don Mauricio Orvañanos no le dejaba ir, desde hacía dos noches, hasta las diez. Aquello no podía resistirse, no; máxime, cuando él no cobraba ningún sueldo.

Hablaba con precipitación, poseído de la cólera. En sus frases entrecortadas, en sus gestos rabiosos, el poeta descubrió el ham-

bre de dinero que ahora asediaba á aquel mozo, añatño tímido y modesto. Aunque la amistad de ambos era la misma de otro tiempo, algo les separaba; un velo imperceptible primero, densamente opaco después, alejó sus almas. Y Arsenio observaba con curiosidad á Linares, como extrañado de la transformación lenta que advertía en el genio de su compañero, que de dulce y apacible habíase tornado áspero.—Ya no era el mocetón cariñoso. Rodeado de fría reserva, no volvió á entregarse nunca á las sabrosas charlas de días mejores. Callado, meditabundo, pasaba el día laborando maquinalmente, comiendo apenas, deseando con ardor la noche, para precipitarse en casa de los Fernández. ¿Era que amaba más á Antoñita? ¡Quién sabe! Porque Antoñita tenía un color más pálido y una sonrisa más triste. En el fondo de sus ojos claros, cualquiera descubría la pena, una pena muy misteriosa y muy honda.—¿Entonces, la olvidaba? No, seguramente, porque si así fuese no le atraería tanto la escalera de peldaños resbaladizos que conducía á la vivienda perdida en la azotea.

Arsenio perdíase en conjeturas; desdeñando, por otra parte, saber la verdad.

Charlaron brevemente. El poeta rogó á su amigo que salvara del embargo próximo algunos libros y manuscritos. Era tiempo ya: los muebles, tan pobres, serían vendidos para saldar con pérdidas el adeudo de cuatro meses de alquiler que el propietario reclamaba. Y los amigos dijéronse adiós: Linares, turbado por la mirada burlona del otro, huyó rápidamente, mientras que éste se alejaba, murmurando.

¡Pobre muchacho! No comprendía que era cruel al separarse así de un buen camarada, de un protector.

Ni la tristeza leve, ni la suave melancolía de la ausencia invadieron su alma, cuando, de pie ante la enorme puerta, luego de haber llamado brutalmente, escuchó los pasos del bohemio que se perdía allá, á la vuelta de la esquina, no triste por la frialdad de su amigo, por su presura en marcharse, por sus palabras secas, sino irónicamente alegre, con esa alegría piadosa de los que sueñan y pretenden ver el mundo á través de la gasa tenue, sutil, del estoicismo.

Avanzó á obscuras en el patio. Por las rendijas de las puertas asomaban tenues rayos de luz, y en el ambiente un tanto frío resonaban los cantos de las madres que dor-

mían á sus niños, ruidos de vaji, la removida, disputas veladas por los muros; todo ese murmullo de las casas pobres. En la vivienda del rincón, morada en otro tiempo de Clarita Ruiz, veíase en la penumbra del comedor abierto, una sombra que se agitaba. De allí partía aquella canturria ronca, semejante á quejido, que hería los tímpanos de Linares:

Ya no volverá la ingrata...

Enfrente, la casa de las Gómez permanecía cerrada, sombría, como sumida en un abismo de somnolencia. No estaba allí, en la ventana, la enamorada de treinta años, esperando, atisbando la negrura del recinto en donde al cabo dibujábase la silueta del amante.—¿Para qué esperar?

Y aquellos recuerdos de cosas idas; aquel vaho de dolor y de tristeza que se esparcía en derredor, atormentaban el alma de Eugenio Linares. El también estaba triste, angustiado por una dualidad que le obsesionaba, robándole el reposo, la tranquilidad, el sueño. Por eso huyó, perdiéndose en las tenebrosidades de la escalera, sin percatarse de que tras del ventanuco del descansillo, dos ojos penetrantes, alevas, le seguían en su rápida ascención.—Al llegar á lo alto, al gi-

rón de azotea iluminado por el pálido resplandor del farolillo, dos brazos le estrecharon, al mismo tiempo que una risita cristalina, juguetona, le embriagaba, haciéndole suaves cosquillas en el pecho y en la barba. Aquel era el sitio de sus amores, el rinconcito escondido. El perfume que aspiraba era el de las rosas de Antoñita; el muro que se destacaba ante él, era de Antoñita también, porque evocaba el primer día de amor; el cielo, aquel cielo sin estrellas, opaco, traía á su mente, asimismo, el recuerdo gentil de la costurera. Todo lo que le rodeaba, todo lo que vivía en derredor la vida muda de las cosas, hallábase impregnado del alma de ella. Sólo los brazos que le ceñían, no eran los bracitos delgados, débiles de niña; sino otros más mórbidos, más robustos.

Pero la inquietud que le poseía; el malestar que le impulsaba á mirar en torno con azoro; el remordimiento que ahogaba las palabras en su boca, desaparecieron bien pronto. Los brazos apretábanle con fuerza, estremecidos, y de los labios húmedos continuaba brotando la risa, con arrullos de fuente.

—¿Pero qué te pasa, Eugenio? Ni parece que somos cuñados. Cuñaditos, ¿eh?.....

Linares no respondía.

—Pones unos ojos de tonto, que me dan risa.... ¡J!, ¡j!

Y reía, con risa burlona, mitad amorosa, mitad punzante.

—Buen mozo, ¿no dices nada á tu hermana?

—Sí, Lena, tengo que decirte muchas cosas.—¡Ay! si pudiera decírtelas....

—¿Cosas de amor?—preguntó con malicia.—¡Cuidado, pícaro! Se enojaría Antoñita.

Diario se repetía la misma escena. La chiquilla le esperaba en el último peldaño, rebosante de juventud y de frescura, charlatana, mareándole con el vaivén de ideas que revoloteaban en su cabeza de gorrión.—Lentamente la confianza entre ellos había ido estrechándose, apartándose de los límites que marca un afecto puramente fraternal. Seducido por la alegría pillá, por la gracia y donaire de la hermana de su novia, Linares cayó en una dualidad extraña.

Al principio las bromas y familiaridades de Lena le placieron. Experimentaba simplemente una simpatía profunda, avasalladora por ella; pero sin que esta simpatía le desviara de su amor á la primogénita. Hasta hubo vez en que la presencia de la pequeña

le disgustase porque le impedía gozar de los momentos de charla á solas con Antoñita. Después, la figura de Lena, su carácter aturdido y bullicioso, penetraron en aquella pasión convirtiéndose en algo necesario, de que no podría prescindirse sin aminorar las delicias de las veladas en el comedor ó en la salita.—Entonces fué cuando la chiquilla y él se encontraron en la azotea, en la ya lejana noche en que Lena desdénara el empleo que le ofreciera Madame Bernard. Pero aquello no alteró la indiferencia de Linares hasta más tarde, cuando observó que la moza salía á bromear con él en la sombra, dos ó tres veces por semana.

¿Por qué semejante empeño de verle á solas, lejos de las miradas de los ojos azules? No lo comprendía. Limitábase á atribuirlo á la natural llaneza de la chiquilla, á su genio travieso y cándido. Mas no tardó en convencerse de ese error, cuando, una noche en que Antoñita les sorprendiera, sin mostrar, por cierto, asombro, Lena afirmó con serenidad que él acababa de entrar, no obstante que el palique había durado media hora larga.—Mintió con tal frescura, que Eugenio hubo de titubear para sostener su aserto. Pero, animado, fortalecido por

aquella carita de niña grande, respondió sin inmutarse. ¡Oh! Todavía recordaba sus palabras, aquel «sí, llegué hace un instante.» Y la inocencia de Antoñita le hacía daño, le laceraba, al propio tiempo que un temblorcillo ligero le estremecía, y en su cerebro revolvíanse mil ideas confusas, opuestas, que chocaban sin producir la chispa luminosa, la verdad.

La caída de Clara Ruiz produjo un inmenso abatimiento en Lena. Acostumbrada á la amistad, á los consejos, á las máximas, al calor de aquella criatura, de la cual era, en realidad, un plano de reflexión, vióse de pronto sola, abandonada en el camino que empezaba á recorrer, encerrada en aquel hogar burgués y pobre del que, moralmente, se había alejado hacía mucho tiempo. Se la vió silenciosa, abstraída, como si un pensamiento misteriosamente oculto la encadenase al mutismo, verdadero suplicio para ella, tan riente y vivaracha.—Pasaron los días. La nube que empañó la sonrisa de sus labios sensuales, disipóse lentamente, como la niebla que se desvanece á la caricia de los rayos del sol. Su temperamento ardoroso, rebosante de voluptuosidad, propicio á los extremos, inclinóse de la frialdad profunda hacia el macho

que aparentaba, á la verdadera adoración. La intimidad de Eugenio se convirtió en recurso necesario á su vana existencia. Y, sin darse cuenta, sus palabras, sus gestos, sus miradas, perdieron el encanto fraternal que tenían, adquiriendo, en cambio, un tinte amoroso.

Eugenio Linares experimentó la sensación tenue, apenas perceptible, de aquella conquista lenta, pausada. Amaba á Antoñita, sin duda. Todavía sentía por ella el cariño tierno, respetuoso, mezcla de admiración y de idealidad. Pero un formidable grito de su carne excitada empujábale hacia Lena. Eran dos sentimientos opuestos que le martirizaban, que le poseían.—Y lo que su singular estado de alma tenía de más doloroso era que la chiquilla nunca le habló de amor, y seía como en sus buenos años, cuando él quería arrancarle una confesión. ¡Nada! Ni una palabra, ni un signo revelador. Le besaba, le estrechaba, se unía á él con estremecimientos de abandono; pero rehacíase luego, riendo como una loca, llamándole cuñadito pillo, sin importarle un ardite su turbación y cansancio.

La víspera, en la sala, en el instante en que Antoñita les había vuelto la espalda, á

fin de recoger unas telas caídas en la alfombra, Lena se había inclinado, mostrando á Linares las ilustraciones de una novela que leía. Los cabellos de ambos se entrelazaron confundieronse sus alientos, y el mozo, al tenerla tan cerca, tan deseable, la besó en los labios, con suavidad. Fué un besó callado, traidor, allí, tras de la hermana que laboraba; un besó que enloqueció al chico, y que le hizo cobrar valor para encararse con la muchacha. Al despedirse de Urizar, un sólo deseo le obsesionaba: el de saberlo todo.—Y ahora, al tenerla en sus brazos, riendo, melosa, la sangre fría que pretendía guardar para el instante supremo de la explicación, le abandonaba. Su timidez, su vacilación, reflejábanse en el rostro angustiado, pálido, que bañaba el fulgor mortecino del farolillo.

—¿Qué te pasa, cuñadito? No eres el mismo de ayer,—decía, fijando en Eugenio una mirada profunda.

No respondía. Las palabras se ahogaban en su garganta y una embriaguez infinita se esparcía por sus venas, ofuscándole. En la piel experimentaba cosquilleos punzantes, como si la sangre embravecida golpetease en su interior. Convulso, con el rostro enroje-

cido y los labios trémalos, la apretaba contra su pecho. Pretendía penetrar el secreto de aquellas pupilas oscuras, acariciadoras, en donde mil puntitos dorados chispeaban. Hubiera querido incrustarla en su cuerpo; aspirar hasta morir el olor de carne joven que exhalaba; morderla hasta experimentar la sensación de las mejillas desgarradas por sus dientes; hundir su rostro en la cabellera negra y rizada; robarla sus risas murmuradoras á flor de labio; hacerla suya, completamente suya, en un arranque de lujuria ferroz. Pero su debilidad innata, la timidez que parecía acompañarle desde su nacimiento, le impedían saciarse, produciendo un oleaje brutal de encontrados anhelos, que estallaban con furia de mar tempestuoso en su pobre organismo enfermo. Y ansiaba huír, escapar del poderío tremendo de los bracitos rollizos, en la apariencia tan débiles; libertarse de la tiranía de los ojos húmedos; correr, lejos de ella. Pero una dolorosa impotencia, una fuerza desconocida y, sin embargo, latente, le retenía, le encadenaba.

Habíanse retirado á un rincón oscuro, amantes de la sombra, enemigos de la luz anémica del farol, que ahora fulguraba, allá en la entrada de la escalera. En lo alto, es-

plendía la noche con el azul pálido de un cielo de estío, y el titilar imperceptible de las primeras estrellas. Los gillos entonaban su canto misterioso, monótono, que parecía evocar vagas serenatas en castillos fantásticos. Escuchábase el aleteo de las mariposas invisibles, negras mariposas que moran en los edificios vetustos. Y hasta el gotear de la fuente, allá en las profundidades del patio, tenía algo de triste, algo de la nostalgia de las cosas amadas.

Linares pensó que era aquel el marco que correspondía á sus amores infames; pero las palabras de protesta brotaron de sus labios convertidas en un beso acre, voluptuoso, prolongado, que estalló en la boca de la joven con el ardor de la fiebre.

De súbito, un resplandor argentado se esparció en el cielo, con lentitud, envolviendo á las estrellas en un vaho luminoso y transparente. Las hojas de los rosales susurraban. El farolillo agonizó, con su llama que parpaleaba; y los muros, las lejanas azoteas, las copas de los árboles que asomaban por encima de las altas paredes, adquirieron un tinte blanquecino, albo, destacándose del espacio.

Eugenio sintió que la chiquilla se escurría

de entre sus brazos, deslizándose con encogimientos felinos, riendo, con su eterna risa burlona y pueril.

—Lena, ¿por qué te vas?

Con los cabellos en desorden, arrebolada la carita por el rubor, mostróle ella el cuadro luminoso que se dibujaba sobre el suelo negrozco.

—La luna... ¿Y qué importa?

Alzó la moza el rostro. Era la primera palabra rebelde que salía de boca del cuñado. Y la risa murió en sus labios al ver el semblante descompuesto, enrojecido de Eugenio, en el cual adivinaba una angustia cruel, un deseo infinito.

—Ven, Lena, ven... —gemía, con voz entrecortada, y tan baja, que casi se perdía antes de llegar á oídos de ella.

Y avanzó, mientras que la chiquilla retrocedía, riendo de nuevo, esquivándose. Intentó cogerla con sus manos crispadas, y reprimió un grito de dolor al sentir que en sus brazos se clavaba el largo alfiler que brillaba entre los dedos rosados de Lena. Y aquel dolor, aquel castigo de su carne irritada, le enloqueció. Andaba de prisa, sin precaución alguna, siguiéndola.

—Lena, ven....

La perseguía, sin temor á los rayos niveos que le rodeaban, dibujando su silueta alargada y negra hasta el muro de la sala que se elevaba al fondo.

—Ven, Lena... —imploraba, plantándose á su lado y retrocediendo al recibir otros pinchazos.

Al cabo se armó de valor. Del montón confuso de pensamientos que ensombrecían su cerebro, sobresalió uno, atrevido: el de estrecharla. Y adelantó con rapidez, reprimiendo una blasfemia. Pero de pronto, se detuvo. La chiquilla le miraba con miedo, seria, lívida. Allí, tras del cristal, más allá de la hoja entreabierta, Antoñita cosía, de espaldas á ellos. Arrebujada en el raído chal azul, inclinada, luciendo á la luz de la vela el oro de sus cabellos, permanecía inmóvil. Adivinábase la fatiga de su cuerpo endeble al verla alzar el rostro, como si una idea persistente la distrajera de su labor.

¿Miraba al cielo que resplandecía á través de la ventana? ¿Miraba al risne de doradas alas que se erguía en la mesa, trayendo á su mente el melancólico recuerdo del pasado? —¿Quién sabe! Nada descubrió Linares. Por eso, al aparecer á sus ojos la visión de